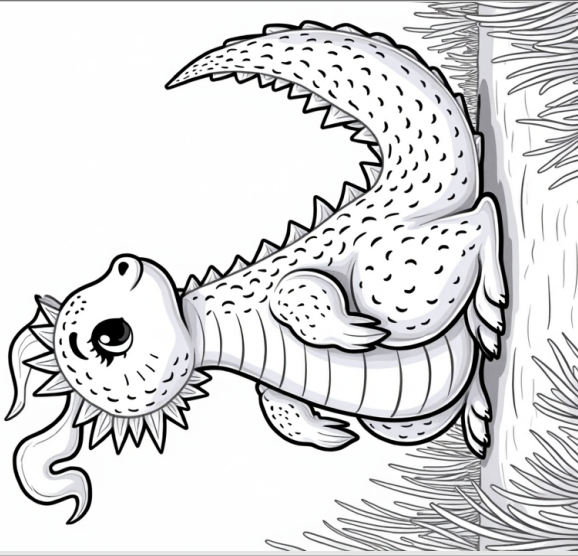


¿Qué te enseñó la luciérnaga a Martín? ¿Qué hizo que el tambor sonara mejor? ¿Crees que la música puede ayudar a calmarse? ¿Cómo te sentiste al final del cuento?

Martín continuó tocando, sintiendo la música en su corazón y en sus manos. La Navidad llegó y él tocó su tambor con alegría, llenando el aire con la música de su corazón.

Martín lo intentó. Primero degnació, luego más rápido. Los golpes del tambor sonaban más fuertes, más llenos de vida. "Es mágico!", gritó. "Ahora mi tambor suena como mi corazón, alegre y lleno de vida." La luciérnaga se alejó, dejando un rastro de luz brillante en el aire.

El tambor de los deseos



Martín soñaba con tocar el tambor de Navidad como un maestro. Cada noche, antes de dormir, lo miraba con ojos brillantes. Quería que sonara fuerte y alegre, como el de los músicos del pueblo. Pero cuando lo tocaba, los golpes eran débiles y sin ritmo, como las patadas de una hormiga.

Martín cerró los ojos y se concentró. Podía sentir un ligero golpeteo dentro de su pecho! "Es mi corazón", exclamó, "Es como un tamborcito." La luciérnaga asintió. "Ahora, golpea tu tambor al ritmo de tu corazón, como si fuera un eco."

Un día, se sentó frustrado en el jardín, con el tambor en sus manos. "No soy bueno", murmuró. De pronto, una pequeña luciérnaga se posó en su hombro. "No te preocupes, Martín", dijo con una voz tan suave como el susurro del viento. "La música no se trata solo de golpes fuertes, sino de encontrar el ritmo de tu corazón."

Martín no entendía. "¿El ritmo de mi corazón?", preguntó. La luciérnaga sonrió. "Sí, Martín. Tu corazón también tiene un ritmo, como un pequeño tambor dentro de ti. ¡Escúchalo!"